INTERPRETACION Y POSIBLE ORIGEN AGUSTINIANO DE UNA FRASE DEL LAZARILLO (III): *DEJARONLE PARA EL QUE ERA*

1. Halagadas por la galante cortesía y tierna conversación del escudero, a las dos *rebozadas*¹ toledanas *no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar*. Apenas hubo escuchado el hidalgo, incapaz de satisfacerla, esta, para él, inesperada petición, *tomóle tal calofrío, que le robó la color del gesto, y comenzó a turbarse en la plática y a poner excusas no válidas. Ellas, que debían ser bien instituidas, como le sintieron la enfermedad, dexáronle para el que era*².

No resulta comprensible de inmediato la última frase transcrita, ni aun después de volver sobre ella. Este juicio queda ratificado por la discrepancia de interpretaciones que ofrecen los anotadores y comentaristas del texto copiado. Expongo a continuación sus opiniones.

2. Explica Cejador³ que *dejarla* (sic) *para* es equivalente de *tenerle por*, y añade: *despectivamente*. Las tres autoridades en que se apoya no justifican tal equivalencia; en las tres, a *para* sigue un adjetivo, como en este testimonio de Santa Teresa: *Ríase de él y déjele para necio*. En cualquier caso, si se desarrolla —ya que él no lo hace— la equivalencia expuesta por Cejador, la frase entera significaría 'lo tuvieron por *enfermo*'. Conocida la significación figurada con que se em-

¹ Contra las damas toledanas que ocultaban el rostro con el manto, escribió una sátira el también toledano S. DE HOROZCO, *El auctor a Fray Antonio Navarro...* (Cancionero. Intr., ed. crítica, notas..., de J. WEINER, Berna, 1975): *Es cosa de males tantos / este mal uso moderno / de taparse con los mantos / ... / Por razón de estos rebozos / hay muchos malos ejemplos*.

² *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. Ed. crítica, prólogo y notas de J. CASO GONZÁLEZ, Madrid, 1967, 166. El pasaje no presenta variantes relevantes a efectos del presente estudio.

³ *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. Ed., introducción y notas de J. CEJADOR y FRAUCA, Madrid, 1966 [1914], 167, n. 1.

plea el adjetivo, la connotación despectiva indicada por Cejador se desprendería del contexto y de la situación.

La interpretación anterior parece ser aceptada globalmente por Riquer¹ al limitarse a anotar así el pasaje: «O sea, lo dejaron desprecia-tivamente como miserable que era». Pero la mejora en cuanto que res-tituye a *dejaron* una de sus acepciones básicas. A la opinión de Riquer se adhiere Rico² de modo expreso.

La nota de Castro³ ofrece una imagen considerablemente distinta de las precedentes: «Supieron conocerle y no pasaron adelante en sus peticiones».

Ricapito⁴ no presenta ninguna explicación del pasaje, pese a que la disposición tipográfica de su texto le atribuye una nota, la cual reza así: «Esta frase repite la intuición de Lázaro en el episodio del comer: 'de qué pie cojeaba'».

Ha sido A. Blecua⁵ quien más demorada atención ha prestado al punto debatido y el que ha logrado una mayor originalidad, razonada, en su interpretación: «Los editores, cuando lo hacen, anotan esta cons-trucción como si se tratara de una frase hecha [reproduce los comen-tarios de Castro, Riquer y Rico]. Es frase que no he podido documentar. Creo, sin embargo, que debe entenderse todo el pasaje partiendo de los conceptos médicos iniciales —'el estómago, caliente por naturaleza, al enfriarse de improviso, a causa de la frialdad de la bolsa, provoca la palidez. Ellas, que habían estudiado bien el oficio de médico amo-roso, le conocieron la enfermedad —la pobreza— y le dejaron para que le curara el médico a quien correspondía sanar esta enfermedad y no la de la pasión amorosa'». Más adelante opondré algún reparo a esta interpretación; por ahora baste decir que no me satisface por la va-guedad de su resultado.

¹ *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, en *La Celestina y Lazarillos*. Ed., prólogo y notas de M. DE RIQUER, Barcelona, 1959, 643, n. 35.

² *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, en *La novela picaresca española*. Ed., introducción y notas de F. RICO, Barcelona, 1967, I, 50, n. 44.

³ *Lazarillo de Tormes*. Introducción y notas de C. CASTRO, Madrid, 1978¹¹, 86, n. 19.

⁴ *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. Ed. de J. V. RICAPITO, Madrid, 1977⁴, 160.

⁵ *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. Ed., intro-ducción y notas de A. BLECUA, Madrid, 1974, 138, n. 220.

Otras ediciones anotadas del *Lazarillo*¹ no se ocupan de aclarar la frase aquí examinada.

3. Expongo ahora mi personal interpretación del pasaje. Ante todo, debo manifestar que la frase en cuestión está documentada; si no es frecuente, por lo que yo conozco, en textos, sí en la tradición lexicográfica. El sintagma *dejarlos para quien son* (con mínima variación del usado por el *Lazarillo*) está recogido en el *Diccionario de Autoridades*, que lo define de esta manera: *Frase que se dice cuando uno hace poco caso de la mala correspondencia de otros, a quienes juzga por gente de pocas obligaciones*². Bajo la forma *dejar para quien es* se conserva en la última edición del *Diccionario de la Academia* (1970¹⁹), pero se remonta a la 4.^a (1803. No figura aún en la 2.^a, 1780), con una definición más clara y precisa, mantenida también desde aquella fecha: *Expresión con que se explica que debe mirarse con desprecio el mal proceder de quien no tiene crianza ni obligaciones*.

Caballero³ la recoge con la misma forma y significado que acabo de copiar. No aparece en los vocabularios anteriores al *Diccionario de Autoridades* recopilados en el *Tesoro lexicográfico* (Madrid, 1960), pero sí por Correas⁴, lo que constituye un buen testimonio a favor de su uso vivo. Por desgracia, Correas no la acompaña con comentario alguno; se limita a consignar el sintagma *dexar para* como encabezamiento común a varios adjetivos (*maxadero, nezio, rruin*) y tras el segundo de ellos coloca *para kien es*, con lo cual parece que no ha de dudarse de su sentido peyorativo.

En cuanto a obras literarias, la frase examinada cuenta con el testimonio de Lope de Rueda en el *Registro de Representantes* (paso quinto). Al final de dicha pieza, el personaje *Estepa*, en su última intervención, tras haber humillado al fanfarrón *Sigüenza*, haciendo que sea

¹ Me refiero en particular a las de A. Cavaliere, Nápoles, 1955, y R. O. Jones, Manchester, 1963. Ciertamente que no faltan algunas más, entre las numerosas del *Lazarillo*, que por el prestigio de sus anotadores merecían ser consultadas; pero no me han sido asequibles. Pienso que no es disculpa considerar que cualquier aportación fundada y valiosa a la cuestión habrá ya sido utilizada por los editores citados, de bien conocida competencia y erudición.

² Sin conocer la definición, el encabezamiento puede tenerse por correcto. Al enunciar aquélla, resulta patente la incorrección de la forma *quien*. Dada la resistencia histórica de este pronombre a la moción plural, podría interpretarse la presencia de *quien* como un indicio de antigüedad de la frase, sin que quepa asegurarlo.

³ R. CABALLERO, *Diccionario de modismos*, Madrid, 1905, s. v. *dejar*.

⁴ G. CORREAS, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*. Ed. de L. COMBET, Burdeos, 1967, s. v. *dexarle*.

abofeteado por otro personaje, exclama: *Bien está, dexaldo para quien es*, pasaje que no anota ninguno de los editores de los *Pasos*.

Probada queda, pues, la existencia de la frase hecha, atinadamente conjeturada por Blecua, quien, por desconocerla, lo mismo que los restantes anotadores, hubo de conducir sus inquisiciones por otros derroteros. Ahora ya puede asegurarse, por lo menos, con fundamento intrínseco que dicha frase implica una valoración peyorativa. En consecuencia también, queda confirmada en parte la interpretación de Cejador, Riquer y Rico.

4. Pero no creo que en la manifestación del desprecio se agote toda la semántica de la frase. Inicio un largo rodeo para poder abordar esta cuestión.

Cualquier lector comprenderá sin dificultad, pese a las alternativas de estilo recto y estilo figurado, que las damitas conocieron enseguida, al percibir el demudado rostro de su galanteador, que éste carecía de medios económicos para ofrecerles el convite que pretendían. Hasta este punto del relato no parece que pueda ponerse en duda la existencia de unanimidad interpretativa entre los críticos. A partir de dicho punto surge la oscuridad y, con ella, la escisión en interpretaciones divergentes. Ni siquiera todos los anotadores entienden *dejaron* como expresión de separación física.

A diferencia de mis predecesores en esta tarea y de lo que yo mismo he hecho hasta aquí, abandono de momento el análisis intrínseco del texto controvertido, manteniéndolo sólo como fondo de la pesquisa, para reconstruir por vía discursiva lo que pudo ocurrir verosímilmente cuando las rebozadas percibieron la disposición desfavorable de su interlocutor.

Defraudadas en su pretensión de ser invitadas —no era otra la finalidad de acudir a *las mañanicas* a orilla del río—, se apartarían del galán¹. Tal es la información que, al menos, insinúa el texto por la presencia de *dejáronle*; pero no cabe asegurar que necesariamente se haya pretendido expresar dicho acto, puesto que el verbo forma con el sintagma siguiente una superior unidad significativa. Se separarían de él, presumiblemente, para dirigirse en busca de un anfitrión mejor

¹ Aunque por la propia naturaleza del género cultivado no cabe esperar ni pedir rigor exegético, me parece oportuno señalar que en su deliciosa recreación del episodio Azorín (*Un hidalgo*) atribuye a éste la despedida: *Nuestro amigo siente un momento de vaga angustia, alega una urgencia inaplazable y se despide; ellas sonríen bajo sus mantos; él se aleja, lento, gallardo*.

dispuesto. ¿Interrumpirían de modo abrupto, irritadas en su exterior, la gentil conversación, manifestando así el fracaso de sus planes? Proceder de este modo no resulta acorde con su comportamiento anterior; hubiera dejado, por otra parte, al descubierto sus propósitos, su engañoso juego habitual (*tienen por estilo de irse a [...] almorzar sin llevar qué*); recuérdese, en fin, la tradicional discreción de las toledanas, tan ensalzada, junto con su belleza, en toda la literatura contemporánea¹.

No parece, pues, lógico pensar que se apartaran de modo súbito y desconsiderado. Seguirían, para separarse del escudero, una conducta normal, de acuerdo con los usos sociales del momento. Esto es, se despedirían de él con alguna de las fórmulas habituales de cortesía propias de la situación. Fórmula de despedida que bien podría ser: *Quedad, señor, con Dios; Quede vuestra merced con Dios; Quedad con Dios...* No interesa ahora averiguar con precisión el tratamiento empleado², sino atender a la expresión *[quedar con Dios]* dirigida al atribulado galán³.

Pues bien, si ahora se vuelve al texto (*dejáronle para el que era*), provisionalmente marginado durante las anteriores consideraciones, se descubre su identidad significativa con *quedar con Dios*. Cualquier tratado de antropología sobrenatural cristiana —bastaría un elemental catecismo—, al preguntarse sobre el fin del hombre contestará que éste es *para Dios*. Desde tal supuesto se comprenderá bien la equiva-

¹ Recojo unos cuantos testimonios de esta fama: *Las mujeres son de suma gracia y hermosura y aun de tanta discreción que no pierden por esta parte cualquier negocio que emprenden* (Ms. anónimo, *Floresta española*. Ed. de L. SÁNCHEZ COSTA, RH, 1915, 34, 305). *Esta ciudad tiene fama de tener las más discretas mujeres de España* (M. DE CERVANTES, *La ilustre fregona*. Ed. de F. RODRÍGUEZ MARÍN, Madrid, 1969, I, 262). *Que hasta hoy / no hubo necia toledana* (L. DE VEGA, *Amar sin saber a quién*. Ed. de C. BRAVO VILLASANTE, Madrid, 1967, 35). *Sus damas siempre discretas* (TIRSO DE MOLINA, *El amor médico*. Ed. de A. ZAMORA y M. J. CANELLADA, Madrid, 1947, 21).

² Si bien las decepcionadas toledanas pudieron encontrar en él ocasión de manifestar su desprecio de modo más o menos disimulado. Recuérdense las matizadas interpretaciones del propio hidalgo a las distintas fórmulas de tratamiento que recibía, achaque común a todos sus contemporáneos, operante en la vida social y bien reflejado en numerosos textos literarios como motivo desencadenante de varias peripecias.

³ Véanse algunas variantes de esta fórmula: *Quedaos con Dios, hijo* (*Tragicomedia de Calixto y Melibea*. Ed. de M. CRIADO DE VAL y G. D. TROTTER, Madrid, 1970⁸, 162). *A Dios os quedad* (J. DEL ENCINA, *Egloga de Gil, Pascuala y Mingo*. Ed. de H. LÓPEZ MORALES, Madrid, 1968, 166). *A Dios te queda* (J. DEL ENCINA, *Egloga de Cristino y Febea*, ib., 306). *A Dios quedéis* (*Amadís de Gaula*. Ed. de E. E. PLACE, Madrid, 1971, I, 243). *Quedaos a Dios* (A. DE GUEVARA, *Epístolas familiares*. Ed. de J. M. COSSÍO, Madrid, 1952, II, 51).

lencia establecida. Al manifestar *quedar con Dios* viene a indicarse de algún modo *para quién es* la persona destinataria de la frase. Manifestación especialmente oportuna, dado el accidente experimentado por el hidalgo (*tomóle tal calofrío que le robó la color*), puesto que son los enfermos quienes con mayor motivo precisan ser encomendados a Dios.

5. El autor del *Lazarillo* parece haber asumido en este punto la famosa agudeza verbal de las mujeres toledanas¹, según queda de manifiesto al recapitular las anteriores reflexiones. Para referir que las rebozadas dejaron a su galán y se *despidieron* de él, en vez de emplear este último verbo o consignar la correspondiente manifestación verbal, es decir, la fórmula *quedar con Dios*, que acompañaría a aquel acto, utiliza su equivalente semántico *dejáronle para el que era*. Este sintagma adquiere así un contenido disémico: informa de la despedida y de que ésta iba acompañada de alguna muestra de desprecio.

6. La presencia en el *Lazarillo* de una frase proverbial como la estudiada, no merece ningún comentario; constituye un rasgo muy repetido de su estilo lingüístico. Que en el texto se actualice su sentido recto simultáneamente con el significado correspondiente a su condición proverbial, tampoco supone ninguna novedad en el *Lazarillo*; sintagmas disémicos no faltan a lo largo de toda la novela. Sin necesidad de efectuar una especial lectura de la obra, recuerdo: *Confesó y no negó*; *Padebió persecución por justicia*; *Me hace Dios con ella mil mercedes*; etc.

La variante *el que* por *quien* (según la versión de Correas y del *Diccionario de Autoridades* y de Rueda) no se puede imputar necesariamente al autor del *Lazarillo*; bien podría ser anterior a él y, por tanto, irrelevante. Pero, con las reservas que impone la escasa documentación conocida, cabe, como posibilidad, suponer que el escritor varió la forma usual para que el lector no resbalara sobre ella; que con el cambio pretendiese dar una llamada de atención hacia el significado teológico, recto, de la frase, amenazado de quedar inadvertido bajo la estructura fijada por su carácter proverbial.

7. Una última consideración sobre la frase examinada. Senté antes que constituía una expresión idónea para indicar, en cualquier exposición doctrinal, la finalidad sobrenatural del hombre. Cabe ahora preguntarse si, de hecho, se encuentra en alguna obra de aquella natura-

¹ Recojo también unos pocos testimonios de este otro rasgo característico: *Tanto son agudas, tanto hermosas* (A. J. SALAS BARBADILLO, *El curioso y sabio Alejandro*, BAE, 17b). Toledo, archivo de la más sutil verbosidad de las mujeres (F. SANTOS, *El vivo y el difunto*, Pamplona, 1692, x. Apud M. HERRERO, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, 1966, 123).

leza. Sin embargo, no voy a recurrir, como parecería obligado, a una búsqueda erudita de libros teológicos más o menos difundidos que la atestigüen¹, porque su conocimiento por el creador del *Lazarillo* siempre habría de considerarse hipotético salvo que lo abonasen otras concomitancias más particulares. En cambio, creo haber dado con su posible fuente en una obra de fama universal, cuya influencia en la configuración global del *Lazarillo* goza de amplio reconocimiento².

En el capítulo inicial de las *Confesiones* de San Agustín, se lee: *Fecisti nos ad Te et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in Te*. Ciertamente que no puede probarse con seguridad que ésta sea la fuente de *para el que era*: la brevedad de la frase castellana, la alta frecuencia de aparición, es decir, el carácter irrelevante de sus componentes a efectos comparativos, impiden establecer una correspondencia precisa, dificultada, además, por tratarse de una verdad común en su ámbito doctrinal. Pero estimo por lo menos probable que el escritor anónimo haya recurrido a parodiar³ toda la exclamación agustiniana: la inquietud (*comenzó a turbarse en la plática y a poner excusas no válidas*) del hidalgo sólo pudo calmarse cuando, tras decirle *quedad con Dios*, las *rebozadas* suspendieron la conversación y *dejáronle para el que era*.

F. GONZÁLEZ OLLÉ

Universidad de Navarra

¹ No obstante, para no dejar indocumentada la frase, apporto el testimonio de un texto de capital importancia en la espiritualidad contemporánea, el *Catecismo Romano* (ed. de P. MARTÍN HERNÁNDEZ, Madrid, 1956, 954): *Ad Deum tamquam ad ultimum finem, referuntur homines*.

² Para este aspecto de la elaboración del *Lazarillo*, cf. H. R. JAUSS, *Ursprung und Bedeutung der Ich-Form im Lazarillo de Tormes*, RJ, 1957, 8, 290-311, especialmente 298-9. P. BAUMANN, *Der Lazarillo de Tormes eine Travestie der Augustinischen Confessiones?*, RJ, 1959, 10, 285-91.

³ Para el empleo de este recurso estilístico en el *Lazarillo*, cf. M. KRUSE, *Die parodistischen Elemente im Lazarillo de Tormes*, RJ, 1959, 10, 292-304.